

## EUROPA: ESE RUMBO DESCONOCIDO

SUMARIO: I. *Introducción.*—II. *Gran Bretaña y sus elecciones:* 1. Antecedentes. 2. Elecciones 3. Perspectivas.—III. *El panorama político belga.*

### I

#### INTRODUCCIÓN

Europa vive su enfermedad particular desde hace cuatro meses en tal medida, que es imposible localizar mediante un solo diagnóstico sus causas. Por el momento, los brotes de un auténtico peligro han madurado en la dimisión del canciller germano-federal, Willy Brandt, secundada por las amenazadoras elecciones presidenciales en Francia tras la muerte de Georges Pompidou, pero siempre presididas de una serie de factores que se relacionan entre diferentes países y, por supuesto, con la Comunidad Europea: elecciones británicas y belgas, por un lado, y la paulatina descomposición de las estructuras un tanto artificiales de las distintas *Ostpolitiks*.

La caída de Willy Brandt puede resultar sorprendente, pero no inesperada. Fue excesivamente rápido el proceso de deshielo germano-soviético de hace cuatro años, con sus correspondientes consecuencias para Alemania y Europa; era sorprendente, eso sí, el afán del canciller socialista de Bonn de «conquistar» para Alemania el puesto que le correspondería no solamente en Europa, sino en el mundo. En cambio, los Gobiernos soviético y del Este de Europa nunca negaron que sus propósitos giraban en torno a la «pacificación» del viejo continente de acuerdo con los fines perseguidos, a corto o largo plazo, por la política e ideología del Kremlin. Como instrumento iban a servirles las relaciones bilaterales entre Moscú y Washington en forma de una conferencia sobre la reducción de tropas (Viena) y otra sobre la seguridad europea (Helsinki y Ginebra).

La *Ostpolitik* de Brandt terminó su marcha en diciembre de 1973 con la normalización de las relaciones con Praga, aunque quedan algunos convenios complementarios al Tratado principal. Sin embargo, en su conjunto, la

*Ostpolitik* ha sido un claro fracaso para los alemanes: en vez de la reunificación del país se ha confirmado y perpetuizado su división; Alemania es invadida por espías de Pankov, y Europa, por los agentes soviéticos; en cuanto a Europa, siguiendo el ejemplo de Alemania, volvieron a manifestarse nacionalismos particulares contra la unidad europea, en gran parte debido a la política del Kremlin, basada en la idea de unas relaciones bilaterales entre los Estados del Este con los del Oeste. Por otra parte, el artífice de la *Westpolitik* soviética, Leónidas Breznev, pierde en la caída de Brandt la posibilidad de continuar dividiendo a los pueblos de la Europa occidental, ya que el canciller era, sin duda alguna, su mejor interlocutor en la estabilización del *statu quo* geográfico, político e ideológico. Mientras tanto, los cristianodemócratas de la RFA registran últimamente avances importantes en las elecciones de los distintos *Länder* a expensas de los socialistas. No, la caída de Willy Brandt no era imprevista. Los hechos han dado la razón a Franz Josef Strauss, jefe cristianosocial de Baviera<sup>1</sup>. Los únicos vencedores en estas intrigas intereuropeas parecen ser, al menos por el momento, los comunistas de la RDA, cuyo interés por una distensión en Europa ha sido casi siempre nulo, consiguiendo a través de su agente en la Cancillería de Brandt, Guillaume, desprestigiar al Nobel de la Paz y simultáneamente favorecer la reaparición de las fuerzas casi intransigentes contra el comunismo, personificadas por la CDU/CSU.

La criba de los espíritus continúa en Francia, país disidente de la OTAN y primer promotor de la apertura al Este, ya durante el mandato del general De Gaulle. Sus reivindicaciones de colocarse al frente de la integración europea en virtud de la idea de la *grandeur de la France* sólo han ahondado las divergencias intereuropeas, igual que respecto a Norteamérica.

Gane las elecciones Giscard d'Estaing o Mitterrand, el rumbo de Europa apenas se va a aclarar sólo con este hecho y la criba de los espíritus seguirá su proceso casi normal a expensas de la unidad europea. La consolidación de las posiciones políticas y económicas de la CDU/CSU en Alemania, junto a la victoria de Giscard d'Estaing en Francia, significaría hasta cierto punto el fortalecimiento de la idea europea frente al desintegracionismo, puesto en marcha por la URSS y sus aliados del Este. Al mismo tiempo se verían fortalecidas las fuerzas de la democracia cristiana y de la derecha liberal

---

<sup>1</sup> *ABC* y *Ya* de 10 de mayo y *Pueblo* de 11 de mayo de 1974.

de otros Estados miembros de la Comunidad. En cambio, el acceso de Mitterrand a los Campos Elíseos abriría aún más la brecha para la lucha de clases a nivel también europeo, incluyendo a los países que todavía están al margen de la Comunidad.

La situación actual en Europa es el resultado de un proceso relativamente largo y sus repercusiones políticas o económicas no pueden ser adscritas a la crisis internacional monetaria y petrolífera, al menos no a título exclusivo, puesto que una gran parte de sus motivaciones son de orden interno-europeo: desniveles de desarrollo económico entre distintos países y hasta, dentro de los mismos, entre una región u otra, recelos nacionales y la subsiguiente falta de coordinación entre las respectivas políticas de integración, variedad de regímenes, partidos y tendencias político-ideológicos y religiosos, falta de unos organismos supranacionales eficaces y dotados de competencia jurídica, dependencia respecto a las superpotencias y, por tanto, inexistencia de una estrategia y política de defensa común, abandono de las naciones y de los países del Este de Europa y la correspondiente renuncia al derecho de autodeterminación, insuficiente coordinación de ayudas al mundo en desarrollo, disparidad de criterios respecto al futuro desarrollo de los propios pueblos europeos...; la lista podría ser aún más larga.

En el fondo del problema subsiste la falta de identificarse con Europa como una realidad histórica, con el ímpetu de superarse en común para el bien de sus pueblos, siguiendo el mejor camino posible en su construcción. Hasta ahora, y en algunas ocasiones, Europa se ha mostrado capacitada para ser un instrumento de equilibrio en las relaciones generales Este-Oeste; en tal sentido fueron concebidas las diferentes *Ostpolitik*s, incluyendo la *Ostpolitik* del Vaticano. Sin embargo, si Europa es potencialmente una potencia mundial, en realidad no lo será hasta el momento de su equilibrio interno como unidad orgánica, en la cual todos sus miembros han de ser considerados en plan de igualdad. Es cierto, influyen mucho las viejas estructuras jurídicas y políticas, el modo de pensar o la lentitud de procedimiento; no obstante, en último término no debe ser eso el obstáculo a la idea lanzada, defendida y puesta en marcha por los padres de la nueva Europa: Churchill, Adenauer, Schumann, De Gasperi. Sólo que los nuevos tiempos necesitan de nuevas técnicas de integración.

La Europa de los Seis fue ampliada, a partir del 1 de enero de 1973, a la de los Nueve, y ya hay signos desintegracionistas, enviados desde las islas británicas. Lo que en un principio era una gran esperanza se convirtió en desilusión, aunque no todo se ha perdido.

## II

### GRAN BRETAÑA Y SUS ELECCIONES

#### 1. *Antecedentes*

El Parlamento británico es disuelto el 8 de febrero como consecuencia del anuncio del primer ministro conservador, Heath, de que el 28 de febrero se van a celebrar las elecciones generales; después de las mismas, el nuevo Parlamento se reuniría el 6 de marzo para cumplir con los primeros requisitos legales (elección del *speaker*, por ejemplo), siendo luego abierto oficialmente el 12 de marzo, según se deduce de una comunicación oficial<sup>2</sup>. ¿Cómo se llegó a esta situación?

En tres años y medio del Gobierno conservador se perdieron más del doble de días de trabajo por huelgas (junio de 1970-diciembre de 1973) que durante casi cuatro años y medio del período gubernamental de los laboristas de Wilson. En 1971 Heath consigue una ley anti-huelga, y el resultado práctico fue exactamente contrario: se duplicaron las luchas laborales y los conflictos sociales, hasta ahora desconocidos en la historia de Gran Bretaña.

Ahora bien, tanto los conservadores como los laboristas están de acuerdo en que el país acaba de vivir una de sus más graves crisis desde la II Guerra Mundial. Las elecciones anunciadas prometían ser las más importantes del presente siglo. Nadie ocultaba que durante la campaña electoral surgirían dos problemas de gravedad: el peligro comunista por un lado y la subida de precios de la carne por otro; sólo que todo el mundo también se daba cuenta de que las elecciones no resolverían nada.

El peligro comunista es por todas partes real, pero en Inglaterra no de alcance inmediato, a pesar de las declaraciones del sindicalista comunista

---

<sup>2</sup> *Survey of Current Affairs*, London, vol. IV, núm. 2, febrero de 1974. British Information Service, Central Office of Information.

británico McGahey<sup>3</sup>, quien argüía que si el Gobierno envía tropas a las cuencas mineras para acabar con los huelguistas, que no se olvide de que la mayoría de estos soldados son hijos de obreros. Lo cierto es que, siguiendo las directrices del Kremlin, los comunistas llegaron a dominar casi por completo el sindicalismo británico, hasta ejercer una considerable influencia sobre el ala izquierda del partido liberal, siempre con el fin de llevarse al partido entero al campo marxista y pro comunista.

La campaña electoral en Gran Bretaña no es financiada por el Estado (Alemania, por ejemplo), sino por los partidos políticos; los conservadores (*Tories*) se apoyan en la industria y la clase pudiente; los socialistas (*Labour*), en los sindicatos; éstos aportan la cuarta-quinta parte al presupuesto de los laboristas, y de los seis millones de miembros del partido, unos 5,3 millones son asimismo afiliados a los sindicatos. A pesar de todo, la mayoría absoluta de los socialistas británicos son anticomunistas. Igual que en el continente, el partido laborista está dividido entre «derechistas e izquierdistas»; por esta razón, en Gran Bretaña no cabe un peligro inmediato de parte del comunismo.

Los conservadores se equivocaron al evocar precisamente ese peligro en su campaña electoral; mientras tanto los laboristas acertaron en ir al grano del asunto: precios, salarios, paro, crisis monetaria y económica... Acertaron Wilson y sus partidarios, aunque sólo por aquel momento. Las raíces del actual malestar británico emanan directamente de su sistema, que ya no responde a las exigencias de los tiempos modernos; creado como instrumento para un imperio mundial, ha resultado inadaptable a las condiciones de un simple Reino Unido, como una isla altamente industrializada, al margen de las comunidades europeas<sup>4</sup>. Eso sólo confirma la presunción de que Inglaterra ha perdido su imperio, sin encontrar un nuevo camino de su destino, según se había expresado un día al ministro americano de Asuntos Exteriores, Acheson. En 1985, Inglaterra se encontraría en la mitad del recorrido con su producto social bruto frente a Alemania o Francia, argüiría uno de los principales y más destacados consejeros de Edward Heath, lord Rothschild. Mientras tanto, la Queen Victoria ya no rige los destinos de Inglaterra.

La democracia liberal inglesa constituye un sistema político un tanto anticuado. Hoy día, el «más poderoso» Parlamento del mundo (Churchill)

<sup>3</sup> *Der Spiegel*, A. 28, núm. 9, 25 de febrero de 1974, 81-82.

<sup>4</sup> *Ibid.*, 82-83.

no es sino una tribuna decorativa, ya que las auténticas decisiones son tomadas fuera de sus prerrogativas teóricas. Cuando Heath anunció a principios de febrero la celebración de las elecciones, la reina disolvió el Parlamento por telegrama desde el puerto neozelandés de Auckland, en el momento de arribar su *Britannia* a otro extremo del mundo.

Las instituciones británicas van cambiando, igual que la mentalidad de los británicos; este proceso de autotransformación es, sin embargo, algo lento. Prácticamente no existe el patriotismo de hace sólo treinta años. Las elecciones del 28 de febrero no iban a ser, ni mucho menos, un acto patriótico; los ingleses no se interesan por ideologías, puesto que en este sentido están inmunizados, sino más bien, y sobre todo, por el trabajo y salario, el nivel de vida y la inflación.

Ninguno de los dos grandes partidos consigue ofrecer a los ciudadanos una receta contra la enfermedad, esta vez típicamente británica; por ello votarán, pero sólo por civismo. La recomendación de *The Economist* no resuelve nada: «un cínico votaría por los laboristas; un moralista, por los conservadores; un masoquista, por los liberales, y un realista emigraría...»

La única luz de esperanza para los británicos de cualquier color político proviene del petróleo del mar del Norte, que a partir de 1980 les aportaría millones de dólares anuales; esperanza que les devolvería, en parte, su grandeza imperial. Los liberales atacan el sistema electoral por ser brutalmente personalista; que apenas ofrece oportunidades para terceros partidos; acaso pueden reunir la tercera parte de los votos emitidos.

Lord Chalfont, miembro de la Cámara de los Lores, durante el Gobierno Wilson negociador en Bruselas con Europa, miembro del partido laborista, puntualiza en una interviú a la revista alemana *Der Spiegel*<sup>5</sup> que Gran Bretaña necesita auténticos socialistas. La situación actual representaría una mezcla entre la crisis económica, importada en parte del exterior (por el petróleo) y el conflicto industrial interno (algunos sindicatos potentes abusan de su posición de monopolio—mineros de las cuencas carboníferas sobre todo—), paralizando la marcha de la industria con sus huelgas.

Otro fin de los sindicatos es aún más peligroso y francamente antidemocrático: intentan derribar no solamente la democracia británica y sus instituciones, sino hasta al propio Gobierno y la legislación entera. Su influencia es tan enorme, que les parece lógico perseguir fines puramente políticos.

<sup>5</sup> *Ibid.*, 84-86.

Los comunistas constituyen en Gran Bretaña un reducido grupo de agitadores; pueden significar algún peligro por sus actividades decididas, encaminadas hacia la destrucción de las instituciones democráticas. No sólo eso; el verdadero peligro consiste en la infiltración de sus elementos e ideas en las filas del partido laborista. Sin embargo, para contrarrestar este peligro, primero es necesario reconocerlo. La injusticia social sigue un problema agudo y sería conveniente llegar a un sistema mixto, de compromiso entre capitalismo y socialismo, insiste lord Chalfont. Para ello es menester contar con un auténtico partido social-demócrata, capaz de neutralizar la presión marxista y comunista.

Desde la II Guerra Mundial, la participación masiva de los ciudadanos en las elecciones fue disminuyendo progresivamente; en las elecciones anteriores el porcentaje fue de 72. Una de las razones de este fenómeno es el incumplimiento de los programas prometidos por los partidos; los miembros de los Comunes se comportan últimamente hasta de una manera infantil; la confianza depositada en ellos como representantes del pueblo queda mermada cuantitativa y cualitativamente. La creciente corrupción en algunos sectores de poca productividad invita a la nacionalización de la economía, sólo que la nacionalización no debería ser ni parcial ni total para no caer de un extremo a otro. En este sentido, el partido laborista dispone de un vasto programa de nacionalización, que, en efecto, no llega a ser extremista.

Respecto a Europa, ya durante la actual campaña electoral defendían los laboristas la idea de separarse del Mercado Común en caso de ganar las elecciones. Una vez más interviene el laborista Chalfont al argüir que la retirada de Gran Bretaña de la Europa de los Nueve sería catastrófica. Tiene especial significado esta declaración de lord Chalfont por tratarse no solamente de un laborista, sino también de un partidario de la integración del país en Europa, interviniendo activamente en la preparación del camino de las islas hacia este lado del canal de la Mancha. La situación crítica del período y de la campaña preelectorales queda plenamente confirmada por las elecciones.

## 2. Elecciones

Eran «las más importantes» del siglo, pronosticarían los enterados, y no se equivocaron; votaron 39,8 millones de electores, el 68,7 por 100 del número total de registrados, contra el 72 por 100 en 1970. Según los escaños

conseguidos en la nueva Cámara de los Comunes, los resultados son los siguientes:

Laboristas ... ..	301
Conservadores ... ..	296
Liberales ... ..	14
Unionistas Unidos de Ulster ... ..	11
Nacionalistas escoceses ... ..	7
Nacionalistas de Welsh («Plaid Cymru») ... ..	2
Partido Socialista y Democrático de Irlanda del Norte ... ..	1
Laboristas democráticos ... ..	1
Laboristas independientes ... ..	1
<i>Speaker</i> ... ..	1
<b>TOTAL</b> ... ..	<b>635</b>

En cuanto a la distribución cuantitativa de votos, el cuadro ofrece las siguientes cifras:

Conservadores, incluyendo a candidatos unionistas pro Asamblea de Ulster ... ..	11.963.207
Laboristas ... ..	11.654.726
Liberales ... ..	6.063.470
Partido Nacional (—ista) de Escocia ... ..	632.032
Nacionalistas de Welsh («Plaid Cymru») ... ..	171.364
Otros, incluyendo a <i>speaker</i> , Partido Comunista, Frente Nacional, laboristas independientes, unionistas unidos de Ulster, Partido Socialdemocrático y Laborista de Irlanda del Norte, Partido de la Alianza de Irlanda del Norte y candidatos independientes ...	848.427
<b>TOTAL</b> ... ..	<b>31.333.226<sup>6</sup></b>

El 4 de marzo dimite el *premier* conservador, Edward Heath, y la reina invita a Harold Wilson, jefe del partido laborista, a formar un nuevo Gobierno, el quinto Gobierno laborista desde 1945. Durante el *inter-regnum*, es decir, entre las elecciones y la dimisión de Heath, éste ofreció al líder liberal, Thorpe, un puesto ministerial sobre la base de una coalición entre los partidos conservador y liberal. La oferta de Heath no tuvo éxito, ya que los liberales no querían exponerse ante las posibles medidas de carácter económico para salvar al país de la crisis actual.

En su programa electoral, el partido conservador, el de los *Tories*, se apoyaba en el argumento de haber mejorado durante su Gobierno las pensiones,

<sup>6</sup> *Survey of Current Affairs*, cit., vol. IV, núm. 3, marzo de 1974; *The Observer* de 3 de marzo de 1974, con amplios comentarios y observaciones.



aunque algunos objetivos no pudieron ser alcanzados por el corto mandato de su Administración. Aún más: prometía tener más en cuenta las reivindicaciones laborales, puestas en marcha por los sindicatos correspondientes. El método propuesto por los conservadores sería en cualquier caso el de «reconciliación» entre el Gobierno y el mundo laboral. Advierten los conservadores: ¡ojo a la infiltración comunista! En resumen, el partido conservador se fijaría más en los problemas internos que exteriores. Entonces hizo una propaganda antieuropea sin querer hacerla, hecho que aprovecharían los laboristas en un sentido u otro.

Los laboristas, por su parte, iban un poco más lejos: uno de sus objetivos sería la nacionalización de nuevos sectores de la industria británica para paliar los errores de los conservadores. El partido laborista propugna un «Estado del bienestar», sin descuidar la política exterior, especialmente frente al continente europeo<sup>7</sup>.

En el campo de la defensa, los laboristas propugnan la integración atlántica, pero con menos gastos; los americanos deberían responder a la iniciativa británico-laborista con retirar de las islas, al menos, los misiles Polaris. Teóricamente todo es posible, al menos frente a un cuerpo electoral tan potente como es el británico. Ni en este caso el nacionalismo, por muy subyacente que fuere, deja de expresarse con toda evidencia.

Europa: los laboristas pretenden «renegociar» su afiliación a la Comunidad Económica Europea, hasta el límite de amenazar a ésta con separarse en caso de no aceptar las condiciones británicas. Gran Bretaña exige un trato más favorable del que se le da, y en tal caso los países miembros de la Comunidad—los del continente—, que, por cierto, intentan integrarse a pesar de toda clase de obstáculos, deberían ceder paso a Gran Bretaña como—¿qué?—líder de la integración paneuropea, sustituyendo, por tanto, la función de Francia, que siempre albergaba esta ilusión. Sólo que Gran Bretaña contaba con un apoyo activo de la República Federal, sobre todo desde que París empezó a torpedear la integración. Indudablemente, cuando Francia reivindica para sí el liderazgo de Europa—además, ¿a qué título?—, ¿por qué no podrían hacerlo los británicos, tratase de un bando u otro? (¿?). Razón: la política agrícola es para Londres la manzana de la discordia.

---

<sup>7</sup> *Relazioni Internazionali*, núm. 9, 2 de marzo de 1974: «Gli inglesi alle urne. I programmi dei partiti», de Antonio Massimo Calderazzi.

Y aducen el nivel de precios de la Commonwealth... ¿Amenaza? ¿Desafío? También. Según parece, los británicos no se han dado cuenta todavía de que sus propios problemas—los problemas internos—ya no pueden ser resueltos aisladamente, sino en común, en cooperación con los demás Estados cercanos (europeos)-o lejanos (mundiales). En realidad, dadas las circunstancias, Gran Bretaña procura subsanar su situación económica y social a expensas del viejo continente. Volvemos otra vez al ya «clásico problema» de las respectivas «grandezas»—francesa o británica, claro está—frente a Europa, dentro de la cual Alemania—esta vez la RFA—, la más ardua protagonista de la CEE, no debería ocupar el puesto que de por sí le corresponde, porque siguen subsistiendo recelos nacionales y, mejor dicho, nacionalistas. Tratándose de una permanencia de Gran Bretaña en el seno de los Nueve, lo menos que se podría pedir es que se celebre otra vez un referéndum.

Todo es contradicción en la vida actual privada y pública de los británicos. A pesar del *affaire* Brandt en la RFA, Estado que siempre respaldaba a los británicos en relación con sus esfuerzos de entrar como miembro igualitario en la Comunidad Europea, Londres de ayer y de hoy y de mañana seguirá siendo el fenómeno un tanto extraño al continente. Hay que comprenderlo: Gran Bretaña es un país altamente industrializado y necesita de mercados; no los encontrará con facilidad en la Europa occidental, porque la calidad de sus productos es hasta cierto punto superior a la inglesa. Entonces los británicos se ven obligados a amenazar, y si Europa no accede a sus reivindicaciones, vuelven a amenazar: se van en busca de otros mercados... Gran Bretaña necesita alimentos del viejo continente y nada más. En efecto, éste es el problema principal de «renegociación».

El tercer sector de la vida pública británica está representado por los liberales, quienes acusan a los conservadores y los laboristas de presentar programas de solución que luego no son capaces de resolver. Según hemos visto, el líder liberal, Thorpe, evitó comprometerse con los conservadores de Heath; ahora tampoco acepta la mano tendida, directa o indirectamente, de los laboristas de Wilson. También es cierto que los liberales no pueden llegar al poder por el deficiente sistema electoral; sin embargo, no renuncian a aportar una que otra idea nueva a la solución de los problemas pendientes. Reclaman los liberales una reforma del sistema electoral; a pesar de ello, insisten en su postura de partido «interclasista», una especie de intermedio en la lucha entre los dos extremos: capitalista y socialista. Los resultados de las elecciones han confirmado esa teoría, y hay que reconocerlo. Hasta

cierto punto, los liberales constituyen una fuerza cuasi equilibradora entre los *Tories* y los *Labours*. Es como si se tratase de una tercera vía —ni derecha ni izquierda—. Sólo que es difícil que el actual sistema electoral británico acepte la fórmula ofrecida por los liberales. Igual que en otros países europeos, su función parece haberse reducido al papel de «juguetón» entre dos grandes; como Europa entre la URSS y los Estados Unidos<sup>5</sup>.

Además, positiva o negativamente, los liberales son partidarios de una estructura federativa de Gran Bretaña, hecho que a largo plazo les puede beneficiar en cuanto a la reestructuración de la Europa Unida sobre la base de naciones y no de Estados (= patrias, según el concepto de De Gaulle). Por tanto, Gran Bretaña debería transformarse en una Federación, conforme a las condiciones geopolíticas de regiones; por ejemplo, Escocia o Gales. La Cámara de los Lores debería representar a regiones, o países, o Estados miembros de la Federación, si nos fijamos en el concepto europeo-continental de forma de gobierno. En cuanto al sistema electoral, éste debería inspirarse en el censo proporcional.

En la política exterior, los liberales defienden la idea de una solidaridad internacional, sobre todo respecto al Tercer Mundo. En tal caso siguen la línea político-exterior de los partidos liberales de otros Estados europeos. Según ellos, los laboristas resultan ser demasiado «británicos», igual que los conservadores, es decir, «nacionalistas», y tienen razón. Asimismo defienden al europeísmo, pero no a título de «docilidad» de los conservadores. Resalta un realismo, aunque, en nuestra opinión, un tanto convencional. El Parlamento europeo debería ser un organismo electo, y la política agrícola —problema agudo de y para todos los gobiernos y partidos de Gran Bretaña; entendiéndose frente al continente— debería renunciar ya de una vez a ciertos aspectos proteccionistas.

La NATO y las alianzas tradicionales deberían ser respetadas, al menos hasta el momento de ser realidad un sistema de seguridad europea. Portugal, Grecia u otros regímenes autoritarios deberían ser democratizados para que fuera posible contar con ellos a título de pleno miembro dentro de Europa. Según se puede observar, en este caso los liberales ingleses se inclinan más hacia la izquierda que a la derecha; es porque intentan una vez más, y en colaboración con sus correligionarios continentales, ser como una vía intermedia entre los dos extremos...

<sup>5</sup> *The Economist* de 9-15 de marzo de 1974, pp. 25-26: «The other ways of voting»; p. 36: «Electoral systems. Party preference».

3. *Perspectivas*

Con las elecciones generales del 28 de febrero de 1974 ha sido reinstalada la «empresa Wilson» en el número 10 de Downing Street. Junto con los problemas domésticos de carácter económico social, está en juego la integración europea, con o sin Gran Bretaña.

El nuevo Gobierno está realmente en busca de una nueva política exterior. El Gabinete Heath apoyaba la línea francesa en las relaciones Europa-América. En cambio, Wilson y su ministro de Asuntos Exteriores, Callaghan, se orientarían a la postura germano-federal, a pesar de la caída de Willy Brandt, y por lo menos hasta que dure el nuevo equipo socialdemócrata-liberal en las orillas del Rin. Bonn y Londres están de acuerdo en que los Estados Unidos deben prestar más atención a Europa y consultarla más que hasta ahora.

El clima político internacional aconseja prudencia en la adopción de medidas en cuanto a la posible reducción de los gastos para la defensa, incluyendo la retirada parcial de las tropas de Alemania y de Ulster<sup>9</sup>. Las negociaciones de Viena y Helsinki-Ginebra influirán sobre las decisiones del nuevo Gobierno, sin perder de vista la situación interna del país, mirando desde el primer momento hacia las próximas elecciones.

Resulta ser peligroso el juego presentado por Gran Bretaña; la denuncia del Mercado Común agrícola es uno de los campos de batalla del nuevo Gobierno británico, de cuya parte se arguye que «la política agrícola es un factor de vida caro que castiga al consumidor»<sup>10</sup>. Es un argumento político destinado a la opinión pública, ya que el Mercado Común constituye hoy día un motor indispensable para la economía inglesa de la misma manera y en la misma medida que para los restantes ocho miembros de la Comunidad Económica Europea.

Después de la reaparición coyuntural observada durante el verano de 1973, el precio de los productos alimenticios en el mercado mundial es superior al registrado en el mercado europeo; de esta manera, si Gran Bretaña abandona el Mercado Común agrícola, tendrá que pagar precios más elevados por arroz (+ 200 por 100), azúcar (+ 100 por 100), cereales (+ 56 por 100), cebada (+ 20 por 100), maíz (+ 18 por 100) o aceite de oliva (+ 40

<sup>9</sup> *Ibid.*, 18 y s.

<sup>10</sup> *Entreprise*, núm. 971, 18-24 de abril de 1974: «Le jeu dangereux de la Grande-Bretagne», de M.-L. ANTONI.

por 100). En una economía seriamente trastornada por la reciente crisis económica y social, un aumento tan brutal de precios incrementaría peligrosamente la tasa de inflación, que ya es de 11,5 por 100 a ritmo anual.

Las cosas cambiarían radicalmente al bajar los precios en el mercado mundial, esperanza poco probable. Ciertamente han mejorado las previsiones de cosecha; los agricultores americanos han extendido sensiblemente su superficie de cultivo. Sin embargo, hay dos factores que pueden hipotecar gravemente el porvenir:

a) La crisis de la energía ha provocado un sensible aumento del precio (25 por 100 más en promedio), afectando incluso la situación americana en este sector; consecuencia: disminución de rendimiento del suelo.

b) El hambre que ha azotado el Sahel seguirá provocando una demanda mundial, con fuerte subida desde los últimos diez años. En una situación en que el espectro de la penuria no queda descartado, la protección de un mercado comunitario que asegure abastecimientos en productos agrícolas a precios estables es una buena señal para los miembros de la Europa verde.

Gran Bretaña denuncia asimismo la carga financiera que le hace soportar el Mercado Común agrícola. En realidad, la contribución británica al presupuesto europeo (15.000 millones de francos franceses en 1974) queda limitada al 8,8 por 100 hasta 1978; además, los cambios de paridad han modificado la distribución real de las cargas. La aportación de los países que han devaluado su moneda queda reducida, lo cual supone para la parte británica sólo un 7,2 por 100.

Gran Bretaña ha de depositar 39 millones de libras para los primeros tres meses de 1974 a título de gastos de garantías del Fondo agrícola europeo; sin embargo, se beneficiará de 30 millones de libras a título de restituciones. Dicho de otra manera: su contribución financiera no es ni mucho menos excesiva en comparación con las ventajas que para ella constituye el Mercado Común agrícola.

Resulta incomprensible cómo los Ocho pudieran satisfacer las reivindicaciones británicas sin atribuir privilegios injustificables a uno de entre ellos y poner en duda los principios de base de la Comunidad Europea. Los ministros de Asuntos Exteriores, reunidos recientemente en Luxemburgo, se han manifestado en contra de cualquier renegociación sobre las condiciones de adhesión.

¿Habrá alguna solución? Por el momento, la única concesión posible sería una prórroga del período de transición, recogido por el Tratado para con los nuevos aspirantes a la adhesión. Puede que Londres se contente con este compromiso, puede que no.

Ahora bien, una ruptura no es conveniente; tampoco interesa a ninguno de los *partners*; excepto que Harold Wilson tenga, en efecto, otros planes para afianzar su posición política.

De nuestra parte, no creemos que a la hora de la verdad Gran Bretaña dé paso en falso y estimule una escisión que podría causar graves daños no solamente a las Comunidades Europeas, sino también, y quizá en medida más acusada, a sus propios intereses nacionales e internacionales. James Callaghan tiene un papel bastante complicado ante su jefe, Harold Wilson, puesto que su deseo consiste en asegurar al país un puesto fijo en Europa.

### III

#### EL PANORAMA POLÍTICO BELGA

El país vecino de Inglaterra, pero enclavado firmemente en el proceso de integración europea, Bélgica, ha ido también a las urnas el 10 de marzo de 1974; del total de 6.679.607 electores corresponden 3.600.000 a los flamencos y 3.000.000 a los valones, para elegir 212 diputados y 106 senadores. Eran las segundas elecciones después de la reforma constitucional del 28 de julio de 1971 y número 67 desde que el país logró su independencia en 1830.

En vísperas de las elecciones, los sondeos demoscópicos preveían un posible avance de los partidos federalistas: el *Rassemblement vallon*, la *Volksunie* y el *Front Démocratique Francophone*, de Bruselas, basándose en las elecciones de 1972. Según parece, era una falsa alarma, aunque sí el problema entre las dos comunidades nacionales—flamenca y valona—sigue sin resolver. En contra de esos tres partidos «comunitarios» han ganado las elecciones los partidos «nacionales»: los socialcristianos, los socialistas y los liberales.

La pugna entre flamencos y valones se agudizó durante la década sesenta; sin embargo, otros problemas empezaron a perfilarse como más graves: el creciente desequilibrio en el desarrollo regional en beneficio del Norte flamenco, cuyo elemento superó ya hace tiempo al valón en el número de habitantes. De acuerdo con la situación establecida, la regionalización del país significa para los flamencos autonomía cultural, hasta hace poco menospreciada por la cultura francófona. El conflicto lingüístico se trasladó inevitablemente al sector de la administración y de la expansión económica, basada, por cierto, en la «división internacional del trabajo», a la cual deben los belgas su prosperidad general. Para los valones del Sur, la regionalización significa reconversión directa de sus provincias.

La renta *per capita* belga es una de las más altas de Europa, sólo que la economía valona se fue deteriorando durante los últimos años. El producto nacional bruto, que hace veinte años en Valonia superaba el 10 por 100 de la media estatal, hoy es inferior en el 5 por 100. Desde 1967 hasta 1971, la tasa anual de desarrollo fue del 3,9 por 100, contra el 6,1 en Flandes, y en 1972, la relación era del 2,5, contra el 7,5 por 100. Entre 1967 y 1971, el paro constituía en Flandes sólo un 0,2 por 100 de la población activa; mientras tanto, en el Sur valón eran 4,4 por 100. Con el desarrollo fuertemente expansionista de la economía flamenca volvió a resurgir el conflicto lingüístico y de autonomía cultural, aunque con menos vehemencia que en el período anterior.

En realidad, éste es el único campo conflictivo entre las dos comunidades belgas. La idea de federalizar a Bélgica no es nueva; existe desde el momento mismo de la independencia, con altibajos considerables, según las circunstancias de carácter, una vez nacional, otra vez internacional. La proliferación del elemento católico flamenco es mucho más acusada que la de los valones, cargados además de un credo socialista de las cuencas mineras especialmente. La expansión económica del Norte lleva a la penetración del elemento flamenco en el Sur, hecho que automáticamente implica la creación de puestos de trabajo para los flamencos, con una administración local flamenca, con el idioma flamenco, con las escuelas flamencas, etc. Consiguiendo una mayoría frente a los valones, parece haber disminuido su nacionalismo y, por tanto, la idea de dividir al país en dos partes.

STEFAN GLEJDURA

Los resultados de las elecciones del 10 de marzo de 1974, en cuanto a la composición del Parlamento, son los siguientes <sup>11</sup>:

Cuadro comparativo	Noviembre 1971	Marzo 1974	+ o -
Socialcristianos ... ..	67	71	4
Liberales ... ..	31	31	—
Disidentes liberales FDF, de Bruselas ... ..	13	11	2
<i>Rassemblement wallon</i> ... ..	14	13	1
Socialistas ... ..	61	60	1
Unión Popular - <i>Volksunie</i> ... ..	22	22	1 <sup>12</sup>
Comunistas ... ..	5	4	1
<b>TOTAL</b> ... ..	<b>212</b>	<b>212</b>	

Según los partidos, victoriosos salieron sólo los socialcristianos y los volksunionistas; según la nacionalidad, los flamencos. La victoria de la nueva mayoría gubernamental socialcristiana se debe a la sabia postura del vicepresidente de su partido en el Gobierno saliente, Tindemans, quien propugna la idea de una «buena regionalización» en Bélgica. Se trataría, en un principio, de conceder a los poderes locales un margen de acción necesario para dotar al Estado de un nuevo e indispensable equilibrio. La actual crisis internacional apenas intervino en la reestructuración de la vida pública belga, aunque el anterior Gobierno, el de Leburton, tuvo que enfrentarse con algunos problemas de esta índole.

A diferencia de los resultados de las elecciones británicas, en el continente empiezan a ganar otra vez terreno las fuerzas equilibradoras de la democracia cristiana: en Bélgica y la República Federal, en primer lugar. Además, Bélgica representa un factor positivo dentro del proceso de unidad europea, cuyo rumbo tendrá que ser determinado en un futuro no demasiado lejano. Los resultados de Bruselas son fruto del sentido común del ciudadano belga.

STEFAN GLEJDURA

<sup>11</sup> *Relazioni Internazionali*, núm. 11, 16 de marzo de 1974: «Il "saggio" voto del Belgio», de Donatella VITI.

<sup>12</sup> Se le otorga ese escaño en virtud de la Ley electoral.



*NOTAS*

